



A OTRA COSA, MARIPOSA

© Juan Manuel Martins

www.teatroenmiami.com

Biblioteca

A OTRA COSA, MARIPOSA
—*para decir de la arrogancia*—
Juan Manuel Martins

PERSONAJES

- HOMBRE, 35 años. Al principio se verá impecable hasta aparecer finalmente vestido de mujer, de acuerdo al arreglo del texto.
- HOMBRES UNO Y DOS, enfermeros de un manicomio.

ESCENA ÚNICA

En la escena, aparece el HOMBRE, frente a un espejo, rodeado de un decorado gris, contenido de una mesa con libros. El autor quiere que se mantenga el color como estructura escénica. A partir de allí el director de escena tiene toda libertad. El HOMBRE irá cambiando de apariencia, según se mira reiteradamente al espejo y lo exija el texto, hasta descomponer su personaje en una suerte de travestido y enajenado de su locura que finalmente se hallará, sin que el público lo haya percibido hasta entonces, en un sanatorio para enfermos mentales. Cabe decir aquí que la acepción de travestí responde más a una depresión psicológica que a un arquetipo sexual. Lo que hace que el espacio escénico sea definitorio.

HOMBRE (Mirándose al espejo).— Hay que tomar en cuenta que, todos —excepto yo—, tenemos caras de perro, como la cara de un sapo que escupe hacia arriba, disculpen, no tengo mejor comparación: ¡con las caras de perro escupiendo hacia el cielo! Es mejor aceptar lo que tienes frente a ti: fanáticos, persistiendo en que le digas cuál es la clave de tu éxito. A éstos, les llamo cara de perro, ¿comprenden ahora? Y, para evitar males mayores, debe quedar entre nosotros. No vaya a ser que me acusen de petulante y soberbio, para decirlo de una vez por todas, de «come mierda». Bueno, estas personas, que vienen en busca de mi suerte, me molestan, sí, me molestan. Cada uno, pidiendo de ti, lo que no quieres dar. Y ello demuestra, por más que provoque a mis enemigos, que definitivamente soy superior. Esperen un momento, sólo un momento (mirándose al espejo). Es importante, antes de mostrar «mis cualidades»..., cuidar mi apariencia, pensar en mi belleza, porque, sin descuidar nada, hay que velar por la apariencia, por tu imagen. Es lo que a la gente le encanta y, para mantener el encanto, debo vigilar, disculpen que insista, los detalles del semblante. Muchos, «caras de perro», se te acercan y desean saber de ti y te preguntan —antes debo mirar hacia el espejo, para poder imitar con certeza, ya va, tra-taré de hacerlo:

—¿Cómo debe hacerse para alcanzar la mayor felicidad del mundo, puede decirme cómo se llega a eso? —me dice con esa cara de perro que no se la quita nadie.

—No sé —le dije con cierto escepticismo, como se pueden imaginar—, busca en ti la felicidad que puedas hallar —me mantengo igual—. Todo está dentro de ti. Sólo en ti, y en tu propio yo, hallarás las respuestas.

—Ah..., comprendo.

—Es más sencillo de lo que te puedes imaginar —le recuerdo—...

Siempre te vienen con lo mismo, como si uno tuviera una varita mágica con la que se resuelve todas las cosas. (Mirándose al espejo, cambia de un personaje a otro)

—Vengo para que me ayude —escuchas resignado, con toda la paciencia en el culo—, ayúdeme, por favor.

—No se preocupe, para eso estoy aquí —no podrías ser más mentiroso.

—No esperaba menos de usted, ha sido muy amable —¿realmente cree en lo que estoy diciendo?—.

Y así, entra uno y otro, sin parar. A pedirte consejos, autógrafos, en fin. A veces te fastidias. Pero tienes que cumplir con los compromisos, con los acuerdos editoriales, las entrevistas, los contratos. Es la otra cara de la moneda. El éxito, mis queridos amigos, tiene sus desventajas. (Pausa. Mirándose, una vez más, al espejo) Esperen un momento...., es que me encuentro algo despeinado. Un momento... y... ¡ya! Ahora si me encuentro preparado para continuar con ustedes. Firmando libros a los infelices compradores. ¿No sé hasta cuándo los editores estarán trabajando con el mismo libro?

En una oportunidad, en algunas de las librerías de provincia —me molesta, coño, cuando salgo de la capital para atender a provincianos, eso es para marginales, para bohemios—, había, como quería decirles, cualquier cantidad de gente preguntándome una que otra estupidez:

—¿Cómo está usted? ¡Que emoción estar al lado suyo!

—Bueno sí, gracias, ¿a quién dedico? —le dije con mi mejor cara de embustero.

—Escriba, por favor, «para Filoberta Jiménez, con todo el cariño del mundo» —no podría ser más cursi la señora.

—¡El otro!, por favor —dije de manera cortante, como para ganar tiempo.

—¡Ay!, señor, sólo espere un poco, mire...

—Otro —dije con la indiferencia de siempre.

—¡Es una gran emoción encontrarme contigo, Adriano!...

—¿En qué parte del libro quiere el autógrafo. ¿En la contraportada?...

—Puede ser...

—En la portada...

—No, quise decir...

—¡Otro!

—Mira dime como quieras —Lo que me faltaba para terminar el día.

—Me emociona estar aquí. Estoy desde la madrugada para que me pudiera firmar mi libro —lo dice con tanta seguridad de que comparto su alegría.

—¿Sí...? —Le respondí como para seguirle la corriente y continuar con el evento. Claro, si cada libro firmado, era un libro comprado, la sonrisa no podía estar alejada de mi cara. ¿Entienden ahora? Por cada firma un libro comprado, con comisión y todo. Cuando escucho:

—Realmente usted es un guía espiritual. Nos conduce a la verdad.

—La respuesta está dentro de ti, de tu corazón —Le dije.

¡Que vaina tan mentirosa, tener que asumir la cara de perro! (Al público) ¿Saben por qué cara de perro? Porque el perro es un coño de madre. Les explico..., después les sigo hablando de aquella gente. El perro, todos lo sabemos, pone cara de hambre, o sea, nos endosa de lástima. Entonces se te acerca y te mira. Y sube la cabeza lentamente como muestra de su fidelidad. Es una cara que pone así más o menos (muestra cara de perro). No se rían, estoy hablando muy

en serio. Vuelvo a decirlo. Levanta la cara y se te queda viendo como si tú fueras lo más importante que tiene en la vida. Coño. Mentira, lo que es-tá es esperando que le des comida ¿Comprenden qué quiero decir? Sí señora, no se asom-bre, así es. Son unos interesados de mierda. Te miran con lástima para que vayas creyen-do... y ¡sas! Caes en la trampa. Y tú crees que has hecho un acto de condolencia. ¡Que mierda! Todo es una falsa. ¿Qué por qué? Le respondo con otra pregunta: ¿quiénes hemos domesticado a los perros? Nosotros.

Aquí, con esta gente, sucede lo mismo. Me preguntarán, y con mucha razón, ¿qué tie-ne que ver una cosa con la otra? Mucho. Porque estas personas están domesticadas como perros, llenos de miedo. Les hacen venir hasta aquí para que les firmen mi libro. Esa es la verdad. (Pausa) ¡Ay!... pero no estoy para atender a esta gente con cara de perro. Discul-pen, si ofensas ni alusiones personales. No me vayan a mal interpretar. Es que no me re-fiero a las personas en sí mismas, sino a que me molestan y, sobre todo, esta gente de la provincia que te mira como si les estuviera debiendo algo. Verga, con una cara de chis-mosos. Discúlpenme otra vez, creo estar despeinado. (Se mira en el espejo) Sólo me lle-vará unos minutos, es que no quiero descuidar mi apariencia. En pocos minutos vienen a entrevistarme para un canal de televisión por cable. ¡Ah!... Esto si me interesa: Miami, la fama. No esta provincia, ¡perdonen!, esta pequeña ciudad. Sin alusiones personales por favor. No hay nada personal en esto que estoy diciendo. Únicamente quiero explicarme, en mí receso antes de la entrevista por televisión, a qué me refiero con lo de cara de perro. Además, si me tienen paciencia ya verán lo que voy a decir en mi entrevista. Todos uste-des se sorprenderán. Les tengo una verdadera sorpresa. Sólo esperen.

¿Qué por qué lo de la cara de perro? Sencillo. La gente se te acerca. Te mira, resignada a algo —todavía no termino de saber a qué están resignados— Van colocando su mirada de abajo hacia arriba y es cuando te dicen:

—¡Que emoción Adriano!

(Ríe) ¿Se dan cuenta? Lo mismo sucede con los perros. Esperen, ya continúo, debo ir al espejo. ¿O no?, ¿estoy bien para la entrevista verdad? Allí diré todo definitivamente, más de lo que pueden esperar.

Bien, les decía que sucede igual con los perros: te van mirando de abajo hacia arriba y finalmente te anuncian todo lo fiel que te es. Pero ya sabes que es una mentira para alcan-zar la mordaza del día. Igualito suceden con estas personas que hacen largas colas para asegurar la firma de mi libro. Aparte de todo, es poco lo que pueden hacer los organiza-dores por ti... Ya verán... lo que diré en la entrevista de la televisión. Considero como al-go natural que tengan que esperar por mí. Mucho he esperado por esta fama: horas y horas escribiendo cartas marginales para artículos marginales, para periódicos margina-les. Pero me tenía que venir la suerte y momentos como estos: donde la gente tiene que hacer colas interminables para que se les firme mi libro.

Y lo más curioso de esta parte del trabajo —que realmente disfruto mucho— es lo que comentan entre la gente. Un poco más o menos cerca para cuando tienes que firmar el libro: algunos parecen estar en el patio de su casa. Hay que ver como los traiciona las emociones en estos eventos. (Ríe a carcajadas) Disculpen mi risa —tengo que mejorar esta risa en público. (Cambia) Creo que me despeiné—. Es que por un momento recordé a la mujer del Alcalde y a una de sus acompañantes:

—¡Ay! Cuando mi marido sepa que estuve con Adriano.

—Él te permite —decía la otra.

—Claro —le respondí a ella—, mi amor, hay que estar actualizada. Desde que tengo este libro mi vida ha cambiado.

—¿Dejó el relajo con la otra?

—Que va.

—¿Entonces?

—No —continuaba la vieja, sin importarle que la estuvieran escuchando.

—No comprendo —le recordaba la otra.

—No, mira, (susurrando, mantiene el desdoblamiento) no se lo vayas a decir a nadie —como si ninguno escuchara—, ahora tengo la clave del amor.

—¿La clave del amor?

—Ay... «mija», ¿no te has leído el libro?

—Sí, pero ¿eso qué tiene qué ver?

—Todo.

—Explicate.

—Fácil (vuelve a susurrar), aprendí a amar.

—¿A amar?

—Sí. Simplemente una no tiene que porqué encerrarse a esperar que la vida se te pase. Si te engañan, trata de buscar otro amor.

—¡Pero eso es montar cacho!

—¡Precisamente! Amar es una cuestión de montar cacho. Cuanto más cacho, más amor —muy tranquilita lo decía la vieja.

No recuerdo en qué momento escribí toda esa paja. Es que eso es como una receta, aprendes a escribirlo una vez y ya es suficiente. Uno termina aburriéndose. Esa es un po-co la razón que hará que sorprenda a todo mi público con la entrevista. (Se mira al espejo) ¡Que fastidio! Me he vuelto a despeinar. (Cambia)

—Señora, ¿dónde prefiere la firma?

—Señor Adriano —con su cara de perro la vieja, claro—, donde quiera, pero con especial atención a mi esposo.

La gente necesita creer en cualquier cosa. Menos en sí mismas. Por eso es fácil, les dices qué hacer, conservando la receta que tienes para eso, y lo tendrás todo a tu favor.

No vayan a pensar que es fácil. Hay mucho «bicho de uña». En una ocasión, otra vez en una de estas provincias, se me acerca un tipo que dice ser miembro honorario del «Centro de Escritores» y, según él, venía a expresar su queja personalmente porque mi libro representa un atentado contra la moral y la buena escritura. Algo así me dijo que no recuerdo muy bien. Y que representaba, vuelve a asegurarme, al «círculo popular y participativo de la asociación en pro de los derechos de la cultura revolucionaria». Y que, para colmo, había que evitar oportunistas oligarcas como yo que sólo contribuyen a la desconstrucción ética del lector con una literatura pequeño burguesa —por cierto, no escuchaba este término desde mis momentos en la escuela de comunicación social—. Y que el público presente debía, con su protesta contra mí, tomar conciencia de la manipulación de los medios que constituía mi libro. Todo ese sermón lo soporté hasta el momento que tu-ve que calmarlo cuando le dije, como para evitar males mayores, que había recibido una invitación especial desde la casa del partido para recaudar fondos por la causa revolucio-naria. Coño, aquella vaina era mentira, tenía que inventarme algo. No sé si el tipo termino de creerme. Pero le dije que su denuncia era justa en cierta manera y que luego me revindicaría. Cambio de cara y trato de justificar su discurso con palabras que no vale la pena recordar. De verdad, no sé cómo pude salir airoso de aquello. Pero aquí estoy. A pesar de los fanáticos. Aquí estoy. Eso es fácil de explicarse, lo que están es envidiosos. (Se mira al espejo. A partir de aquí se denota lo travestido del personaje) ¿Creo, no estoy seguro, que el peinado de este lado me favorece.

(Cambia) Las viejas de las que les venía hablando, siguieron muy seguras de que yo las quería y que formaban parte de mi corazón. Y, bajo la mirada cómplice de todos los que estaban allí:

—¿Ves? —decía la mayor—, el amor está dentro de ti. ¿Qué puede importar un cacho más o un cacho menos?

—Tienes razón cuando Adriano nos lo afirma con tanta seguridad. De verdad, amo a ese tipo,

es un escritor maravilloso.

—Yo también —y olvidaron con tanta facilidad dónde y con quién estaban.

(Cambia. Se mira en el espejo. La iluminación debe ayudar a la transición, a su de-presión) Ahora, en nada me gusta la fachada que tengo. No me gustaría presentarme así ante las cámaras de televisión. Debo cambiarme de ropa. Hacer algo para conservar mi imagen. ¿Este soy yo? No estoy seguro de que sea así. De quién soy en estos momentos. ¿De mí mismo? No estoy seguro. Espero tener pronto una respuesta. Ahora no soy de na-die. Cuando me miro al espejo me entran ganas de ser sinceros con ustedes. Estoy seguro, como imagino que se han dado cuenta, de lo que soy capaz de hacer. Cuando uno se dice lo que es capaz de hacer. Todo en nuestras vidas cambia. (Su transformación es cada vez más evidente. En este momento aumenta el ritmo de su voz) Este país de mierda. Todo es una mierda. Y todos tienen cara de perro. Sí, claro, le preguntas a cualquiera si está con el presidente. Ah..., ahora te dicen que no. Pero antes si estaban con el presidente. Coño quién los entiende, por un momento cacerolazos, ollas, pitos, lo que ustedes quieran. ¿Ven?, la historia también tiene cara de perro. Toda mierda tiene cara de perro. (Pausa) Pronto estarán por aquí los de la televisión. (Ríe de manera nerviosa) ¿Verdad que son una vaina seria esas mujeres? Vienen aquí a estar seguros de que yo las quiero, que les diga que ya lo han conseguido todo. Que son millonarias porque dentro de ellas está el éxito y si, dentro de ti, está el éxito ya será suficiente. Conque oigan esa mierdita será su-ficiente. Así son. Nada lo cambia:

—Hola Adri... —Me decía con toda su confianza—... ¿Cómo estás mi amigo? Vine porque querías que notaras mi cambio —se da vuelta de una manera ridícula para que lo viera y yo con aquellas ganas de irme, de que el evento terminara—. ¿No notas como he cambiado y cómo el éxito me acompaña.

Tenía que soportarlo hasta el final:

—¿Me veo fascinante, lleno de éxito.

—Te felicito —Aprovechándome de la ocasión—. Escuchaste mis consejos.

—Por supuesto mi amigo —me dice con toda la seguridad de que lo estoy tomando en cuenta.

Todos son iguales, lamentablemente, iguales. (A alguien del público) ¿Que no todos somos iguales? Sí señora, no se equivoque. Somos todos iguales. Buscamos un interés de algo. Éste, aquél, usted, yo. Todos. Señora, todos. Nadie se escapa de esto. Mientras, voy sacando partida de la situación. (Mirándose en el espejo) No me pierdo las entrevistas de la televisión. Me encontrarán firmando libros y con una pequeña sonrisa. Ah... esperen, no diré nada de esto, sólo digo estas cosas cuando estoy frente al espejo. Estas cosas no son para confesarlas con tanta facilidad. Nos debemos, ciertamente, a nuestro público. Qué puede importarles de mis problemas. Cuando sólo me interesa la televisión, el poder, la ambición. Después de todo ella ha hecho esto de mí. No pretenderé cambiarlo, me gus-ta hacerlo. Estar aquí o allá, según queramos cambiar las cosas. Me miro al espejo y cam-bio. Me miro. Cambio. Ahora soy quien sea. Cualquiera. Alguien que ha quedado sin amor. Alguien con temor. O si quieren, alguien criminal, un asesino. Mejor un suicida. ¿Suena muy fuerte? Como quieran. Una persona bondadosa. Pero, para empezar por algo, ahora soy una persona completamente diferente a esa persona que tenía aquí. No sé uste-des lo que soy yo, no lo soporto. Y creo que no se soporta ni a sí mismo. ¿Quién puede creerle después de todo? Es un carajo insoportable.

¿Cómo pudieron tenerle paciencia hasta ahora? Esto cambios tan repentinos. Esto pro-pio de

alguien que no tiene nada que hacer. Por lo general es así cuando se trata de una persona de clase media alta o de la burguesía —sin herir sentimientos, por favor—, o sea, un carajo que no tiene nada que hacer, ¿comprenden? Nada como ser una persona sensata, en sus cabales, si ninguna de esa locura de por medio. Un hombre, en cambio, que llega a su casa. Se acomoda, espera por sus pantuflas, toma su trago, se sienta a descansar como cualquier cristiano, sin que la vida se le agote por causa de aventuras.

(Cambia) Ah... se lo había creído por un momento. No, sigo siendo el mismo, a pesar de ustedes, sigo siendo el mismo. Esperando a los periodistas de la televisión. Sólo que ensayaba un poco frente al espejo. Aquí uno puede jugar de todo: puedes jugar a ser estrella, a hombre perfecto. Al que todo lo puede. Es decir a mí. Pero no vayan a creer que lo de los personajes de las firmas y todo lo demás es un personaje de este espejo es una mentira, por el contrario, forma parte de mí. El espejo es una ayuda, una manera de apoyarme y fortalecer mi imagen. De alguna manera hay que hacerle creer a las personas que mi imagen es producto de una misma cosa: reflejo la imagen de lo que quiero ser. Sólo soy yo el que puede cambiar esa realidad. No este espejo.

Dentro de poco tiempo vienen por mí. Esta entrevista es importante porque me lanzará al éxito definitivamente. Al máximo logro. Esto no lo cambiará nadie. Es mi éxito y mi logro. Lo obtendré todo. Por esa razón ha venido notando ustedes cómo cambio de imagen y de personalidad. En todo caso, no se vayan a confundir. Eso es parte de proyección y de mis personajes... ¿Cómo, que nos les parece correcto la manera en la que estoy vestido? No se preocupen ni alarmen. Es parte del momento, de la entrevista.

(Volviéndose al espejo) Mira como estoy, me parezco una reina. O no sé quién soy, ¿quizás la parte más arrepentida de Bonaparte? Una depresión de otro personaje que frente al hecho de haber perdido su amor desdobra su personalidad. Se pierde. Queda enajenado a cualquier realidad... ¿estoy vestido de mujer? Sí, a la vista de los demás, la primera imagen es el de una mujer. Pero se equivocan. ¡Soy un hombre de éxito! De pleno éxito. Que puede vestir según agrade el personaje. Ahora mis fanáticos me recibirán como la señora Carrington. Escuchen bien como la señora Carrington. El público acepta cuando se trata de su héroe, cualquier cosa. Tendré que hacer algunas concesiones, pero estará bien. Mientras que les firme los libros, estará bien. Pueda que como Adriano o como la señora Carrington, siempre que les firme los libros. Está bien que uno pueda parecer lo que sea, con tal de que cumpla estarán contentos con cualquier mierda.

No es para alarmarse, cuando quiero estar con una mujer, estoy con mi mejor amiga: Carrington, cuando quiero estar con mi mejor amigo, entonces, estoy con Adriano. Carrington o Adriano. Es igual. Puedo cambiar de faceta cuando mejor me parezca o según el estado de ánimo que tenga. O le hablo a Carrington o le hablo a Adriano, según las circunstancias. No sé. ¿Cómo me prefieren ahora, como Carrington o como Adriano? Fíjense, Adriano habla un poco más cerrado para no decir grave: «¡Soy el hombre más exitoso!». O bien como Carrington: «¡soy una mujer exquisita!». No, no se rían, los fanáticos son capaces de recibir cualquier cosa. Por ejemplo, usted, sí usted no se me haga la desatendida. Es con usted señorita. Estoy seguro que daría lo que sea por una firma mía. Y usted señor. Y usted joven. Y la señora que está más allá. Sí usted, la que está sentada al lado del señor. No me miren con cara de extrañados. ¡Todos vienen a lo mismo! ¿Verdad que todos vienen a lo mismo? Sí, claro, esperen después de la entrevista. Tengan por favor algo de paciencia. Hay firmas para todos. El éxito es así, hay que adaptarse a él. Siempre que esperen por las firmas, no habrá ningún problema.

Esperen... creo que viene por mí...

(Entran HOMBRE UNO y DOS)

HOMBRE UNO.— Señora Carrington, es hora de su medicina.

HOMBRE DOS.— Sí señora Carrington.

HOMBRE.— No prefiero que me llame Adriano.

HOMBRE UNO.— Sí como mejor prefiera señora Carrington.

HOMBRE.— ¡Dije que Adriano!

HOMBRE UNO.— Disculpe señor Adriano.

HOMBRE.— Está bien. ¿Todo esta preparado para la entrevista?

HOMBRE DOS.— Sí señor Adriano (Murmurando con el HOMBRE UNO)... Síguete la corriente.
¿Qué más da?

HOMBRE UNO.— Tienes razón. ¿Señor Adriano?...

HOMBRE DOS.— Dígame joven.

Hombre uno.— ¿Me va a firmar el libro hoy?

HOMBRE.— Pero si te lo firme ayer.

HOMBRE DOS.— No se preocupe señor Adriano, puede hacérmelo a mí esta vez.

HOMBRE.— Lo haré porque se que me ayudarán con la entrevista, haré un excepción esta vez.

HOMBRE UNO.— Sí, Adriano hemos preparado todo para la entrevista.

HOMBRE DOS.— Con las cámaras y todo. ¿Entonces, me va firmar el libro verdad?

HOMBRE.— Si todo está bien, ten por seguro que sí.

HOMBRE DOS.— Seguro. Hasta coloque la cenicera que me pidió.

HOMBRE UNO.— Y la jarra con el agua. No falta nada.

HOMBRE.— Siendo así, todo está en orden.

HOMBRE UNO.— Sí señor, todo está en orden.

HOMBRE DOS.— En orden.

HOMBRE.— Así me gusta. Pendientes.

HOMBRE UNO.— ¿Señor?

HOMBRE.— ¿Sí?...

HOMBRE DOS (Le entrega una camisa de fuerza que trae consigo).— Su camisa.

HOMBRE UNO.—Su camisa.

HOMBRE.— Gracias.

HOMBRE DOS.— Estamos para servirle señor.

HOMBRE.— Me hace falta para la entrevista de la televisión.

HOMBRE DOS.— Se le trago como quiere señor.

HOMBRE.— ¿Cuál?

HOMBRE UNO.— Es la blanca.

HOMBRE.— No, ¿cuál es el canal de televisión?

HOMBRE DOS.— La del estado señor.

HOMBRE.— ¿Viene Soto?

HOMBRE UNO.— ¿Soto?

HOMBRE DOS.— Sí, el de la «Revista de los viernes». (A HOMBRE UNO) No estás al día.

HOMBRE UNO.— Ah... sí señor, claro.

HOMBRE DOS.— Todo está como lo pidió.

HOMBRE UNO.— Entonces podemos retirarnos.

HOMBRE.— No. Espera.

HOMBRE UNO y DOS.— ¿Esperar?

HOMBRE.— Sí, a que ensaye.

HOMBRE UNO.— Bueno, no sé...

HOMBRE DOS.— Está bien no hay problema.

HOMBRE.— Entonces déjenme solo.

HOMBRE UNO.— Creo que eso no va a poder ser.

HOMBRE.— ¿Quién manda aquí?

HOMBRE DOS.— Usted, señor. Pero verá...

HOMBRE.—No hay peros que valga. Se hace como digo y punto.

HOMBRE UNO.— Sólo un momento señor.

HOMBRE DOS (A HOMBRE UNO).— ¿Qué haces?

HOMBRE UNO (A HOMBRE DOS).— Es sólo un momento.

HOMBRE DOS (Mientras salen HOMBRE UNO y DOS).— Está bien. Sólo un momento señor.

(Murmuran entre sí) ¿Y vamos a dejarlo allí. Qué nos dirá el jefe?

HOMBRE UNO (Siguiéndole la conversación a HOMBRE DOS).— Mientras se desahoga un poco el loco. Vamos y nos tomamos un café.

HOMBRE DOS (Igual).— Así de sencillo.

HOMBRE.— Y díganle a Soto que me espere. Es bueno hacerse esperar. No se le olvide dejar todo preparado...

HOMBRE UNO y DOS (Aún fuera de escena).— Si señor...

HOMBRE.— Sí, señores televidentes estoy aquí para decirles cuán felices pueden ser. Tengo la solución. Recuerden que estaré firmando libros en la librería «Despertar» del centro comercial América. No deben faltar a esta cita que es vital y ¡estaré firmándoles sus li-bros que compren en esta librería! No se pierdan esta gran oportunidad que se les presen-ta. Quiero hablarles de un niño que me encontré.... (Su tono de voz baja en la medida que la luz baja)

TELÓN